

## MAPAS DE VULNERABILIDAD FRENTE AL CORONAVIRUS

# CUARENTENA EN 40 M<sup>2</sup>

El Centro de Producción del Espacio de la [Universidad de las Américas](#) lanza hoy el *Atlas de indicadores espaciales de vulnerabilidad en el contagio por coronavirus*, un documento que reúne un exhaustivo análisis que revela cómo la desigualdad residencial aumenta la amenaza del coronavirus covid-19 frente a la población de los sectores más vulnerables del país. La cuarentena deja en claro que no es lo mismo vivirla en una casa con amplios espacios que en los 40 m<sup>2</sup> que mide en promedio una vivienda social, donde en muchos casos no se cumplen las condiciones mínimas de habitabilidad. ¿Cómo es enfrentar esta pandemia cuando la estrechez y la incomodidad son parte de lo cotidiano?

Por Juan Cruz Giraldo y Daniela Pérez García

Fotos: Felipe Díaz

Ilustración de portada: Marco Valdés Paillaqueo

“Santiago es como un queso camembert, donde hay un triángulito que alguien sacó y en esa pasada de llevarse ese trozo, se llevó todo”. Esta es la analogía que Francisco Vergara, arquitecto y director del Centro de Producción del Espacio (CPE) de la [Universidad de Las Américas](#), utiliza para hablar de la desigualdad espacial que existe en Chile, en particular en la capital, donde el triángulo que menciona, “la parte más sabrosa, con lo mejor de la ciudad”, corresponde al sector oriente, incluyendo parte del centro, hasta el casco histórico. “Al resto de la población simplemente le toca lo que quedó”, agrega.

Este diagnóstico es el que hace junto a su equipo desde antes que comenzara la crisis del coronavirus, que solo ha puesto aún más de manifiesto la urgencia de cambiar esta realidad. “Cuando en teoría urbana hablas de segregación, acá es demasiado evidente. En donde se concentran los grupos de altos ingresos están las mejores condiciones, pero es un pequeño pedazo de una gran población. Parece broma, porque en otras ciudades existe segregación, pero tienes más interacción, realidades diversas que colindan. Acá, por el contrario, es bastante brutal la realidad”, afirma. A lo que su compañero de funciones, el geógrafo Juan Correa, agrega: “La emergencia ha desnudado el elefante en la cristalería que es la desigualdad en la vivienda y en la salud, y sus efectos en la calidad de vida de las personas”.

Adelantándose a que esto ocurriría, desde febrero en el CPE se volcaron por completo a tratar de entender de qué manera la pandemia afectaría los hogares de aquellas familias que serían más vulnerables a la enfermedad. “Nuestro trabajo se enfoca en las contradicciones del desarrollo urbano y hemos estudiado bastante la desigualdad residencial. Este año, justamente,

nuestro plan era dar un giro hacia la relación de eso con los aspectos de salud pública y justo ocurre esto. Este es un virus que tiene un alto componente espacial, así que lo primero es que sabíamos que primero llegaría al sector con mayores ingresos para luego irse expandiendo hacia zonas más periféricas”, afirma Vergara.

Generando mapas que, con los datos disponibles, dan cuenta de manera gráfica las zonas más expuestas al contagio por factores sociales, económicos y territoriales, el trabajo interesante del último mes y medio es lo que compilaron en la publicación que lanzan hoy (disponible en la web del CPE). “Este atlas es una especie de recopilación espacial sobre diferentes variables que tienen incidencia sobre la vulnerabilidad de las familias chilenas frente a la expansión del virus, pensando en la fase cuatro y también considerando que este virus ha desnudado una serie de desigualdades que también pasaban muy debajo de la mesa en las primeras oleadas del 18 de octubre”, afirma Correa.

Para determinar la vulnerabilidad de la población frente al virus, utilizaron cuatro indicadores fundamentales que tienen por objetivo “demostrar diferentes facetas de la vida cotidiana de las personas o del territorio, que tienen una fuerte incidencia en la calidad de vida y la salud”, explica Correa.

En primer lugar, identificaron las zonas donde se concentra la población de riesgo, es decir, los adultos mayores. Luego, midieron la calidad de la vivienda en términos de tramitación térmica, que significa evaluar su estándar para soportar la oscilación térmica diaria o anual. En tercer lugar, se detuvieron en el hacinamiento. Esto, afirman, es complejo medir por metros cuadrados de vivienda, por lo que una estimación certera se hace a partir de la razón de personas por habitación: cualquier



casa que tenga 2,5 o más personas por pieza en promedio se considera una vivienda hacinada. Finalmente, se enfocaron en la vulnerabilidad socioeconómica del hogar a partir de la escolaridad. "Una población con menor educación, tiene menores ingresos, menores contactos sociales, menor capital financiero...en el fondo, muchas menos herramientas para sobreponerse ante una enfermedad", afirma Vergara.

En base a esto, en Chile hoy estiman que 1.329.994 hogares se constituyen en espacios vulnerables a este virus. Y solo en Santiago, donde se concentra la mayoría de los contagios -4.682 de los 8.807 personas contagios y 48 de los 106 fallecidos al cierre de esta edición- 36% de los hogares están en esta condición. "Esto está dejando al descubierto lo fundamental que es la vivienda en la calidad de vida las personas. Mientras no aseguremos una vivienda digna, que además de estándares arquitectónicos, también tenga estándares urbanos como la mixtura social, la calidad del barrio, el espacio público, la luz, la seguridad, empleo, transporte público, una ciudad que sea justa y sepa distribuir correctamente, esto va a seguir pasando. Tal vez en años más tengamos otro virus, y el cambio climático también nos va a azotar. Hay una serie de eventos que cada vez más van a ir desnudando la poca capacidad de resistencia y resiliencia de las ciudades y la población frente a eventos extremos. Y ahí finalmente, es la población más vulnerable la que va a ser más afectada", agrega Correa.

Pero más allá de las cifras y de cómo se mide la desigualdad espacial, ¿cómo es ser parte de esa población más vulnerable en tiempos de cuarentena? ¿Cómo se vive el aislamiento entre nueve personas en poco más de 40 m<sup>2</sup>? ¿De qué manera se enfrenta la falta de empleo y el apuro económico cuando nadie en la familia puede salir a trabajar? Y peor, ¿cómo se maneja la angustia frente a un posible contagio cuando es imposible guardar la tan recomendada distancia social en el propio hogar?

**“Mientras no aseguremos una vivienda digna, con estándares arquitectónicos y urbanos, como la mixtura social, la calidad del barrio, el espacio público, la luz, la seguridad, empleo, transporte público, esto va a seguir pasando. Hay una serie de eventos que cada vez más van a ir desnudando la poca capacidad de resistencia y resiliencia de las ciudades y la población frente a eventos extremos”, dice el geógrafo Juan Correa.**

#### DE CRISIS EN CRISIS

En la casa de Alejandra Alegría (62) es ella quien cocina el almuerzo, pero los comensales -por una cosa de espacio e incomodidad- se dividen en dos: primero se sientan los cuatro niños en la mesa y después los cinco adultos. Todos viven en esta casa de Puente Alto, de 44 m<sup>2</sup>, en la Villa San Miguel 4. Su hija Carla, educadora de párvulos y cesante hace más de medio año, comparte una pieza con su sobrina de nueve. Su hijo Carlos y su nuerca Camila son auxiliares de aseo en un colegio y ellos duermen con los otros niños. Carlos, el abuelo, es conserje de un edificio en Santiago Centro y allí hace turnos de noche. Y Alejandra, que solía cuidar a una mujer mayor en Lo Vial, perdió su trabajo tras el estallido social. Desde el jueves 9 de abril, cuando el ministro Mañalich anunció la cuarentena obligatoria para parte de la comuna, su familia se aisló y no salieron más.

**“Estos departamentos no son aptos para tanto encierro. Si uno tuviera un patio, cambia el asunto. Yo he sabido de muchas peleas entre parejas y familias que están alterados con el encierro y la presión”, dice Alejandra Alegría de su casa en Puente Alto. La estrechez, que se hizo más evidente con la cuarentena, siempre ha condicionado sus vidas: “No hay privacidad, ni para la juventud, ni para uno que es mayor”.**



En una semana, Puente Alto pasó de tener 76 casos a 239. Y el martes pasado se decretó la extensión de la medida por siete días más, a partir de ayer.

Alejandra, después de cocinar, duerme la mayor parte de la tarde porque está angustiada. Tiene miedo de contagiarse y que alguno de los niños se enferme: “A mí me va a tocar y sé que me voy a ir para el otro lado. Pero no sé cómo vamos a llevar a los niños a un hospital. En los policlínicos no están recibiendo gente y por Whatsapp ya nos dijeron que en la villa hay contagios. Uno no tiene los medios para cambiarse la mascarilla y los guantes. Acá tenemos una mascarilla cada uno, la ocupamos y llegando a la casa la lavamos y la volvemos a utilizar”.

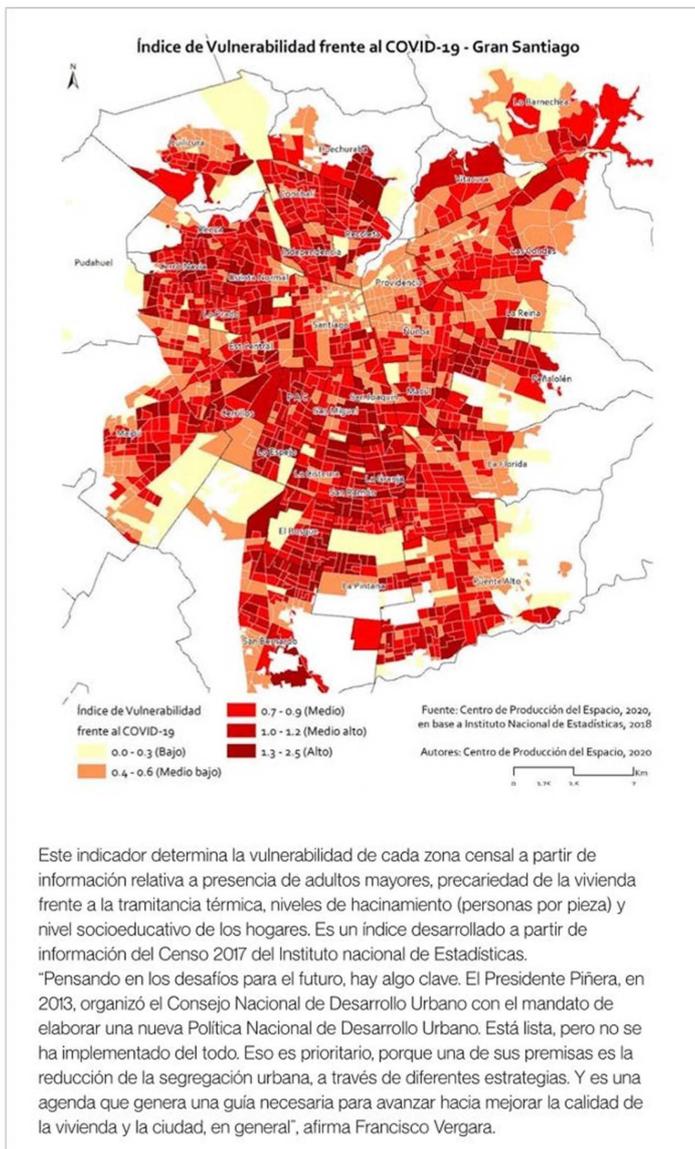
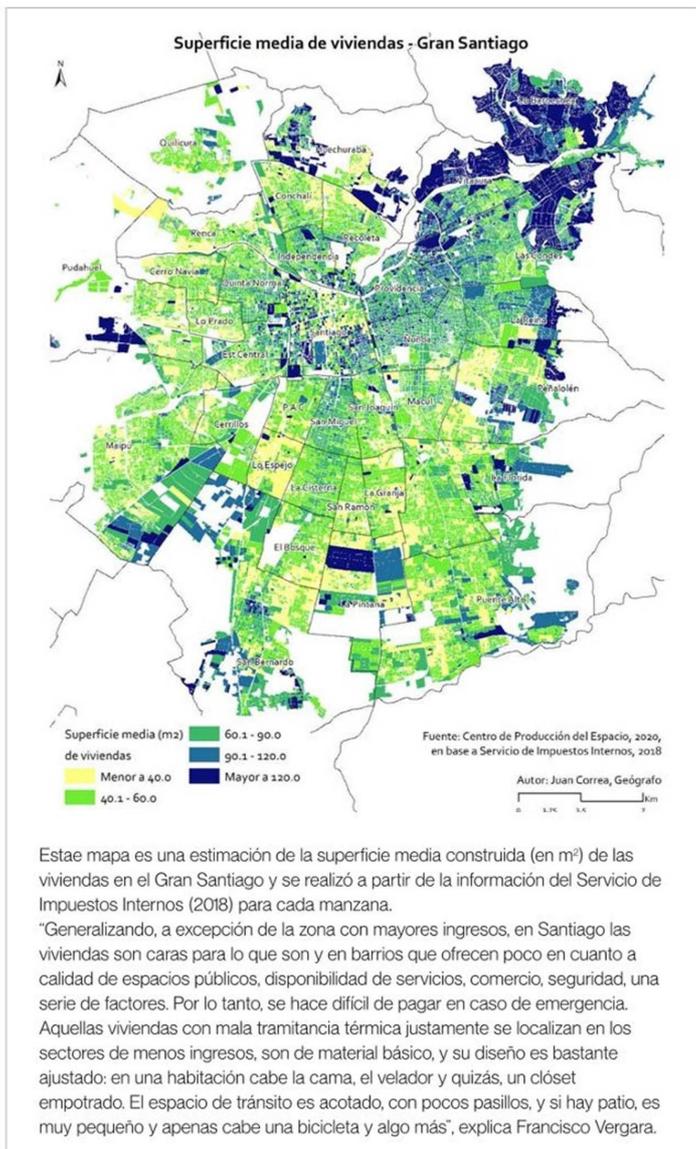
Los días se repiten iguales uno tras otro. Ella fuma, tensa, para pasar la ansiedad. Aunque ha disminuido su consumo de tabaco para prevenir complicaciones respiratorias. Dice que extraña llevar a sus nietos a la plaza o hablar con sus vecinas. “Estos departamentos no son aptos para tanto encierro. Si uno tuviera un patio cambia el asunto. Yo he sabido de muchas peleas entre parejas y familias que están alterados con el encierro y la presión”. Pero ella dice que la estrechez, aunque se hizo más evidente con la cuarentena, siempre ha estado presente, condicionando sus vidas: “No hay privacidad, ni para la juventud, ni para uno que es mayor. En el tema sexual todo se hace incómodo. No se puede tener sexualidad porque están los niños”, dice. “En el día a día igual se forman roces de ‘¿por qué llora el niño?’ o ‘¿quién tomó mis cosas?’ pero uno como abuela tiene que rayar la cancha. Son cosas que pasan en todas las familias”, cuenta.

En las noches, el insomnio no la deja dormir, pero no se mueve ni mete ruido para no despertar al resto. Su cabeza no para: piensa en cuántos días más faltan para que esto termine, en que necesitan trabajos para mantener la casa y además cree que la llegada de la enfermedad a su hogar será fatal e inminente. “Mi viejo tiene una enfermedad pulmonar obstructiva crónica y tengo miedo por él. Pero él tiene que salir a trabajar igual. Es conserje y se relaciona con mucha gente, pero si se enferma, voy a caer yo y después todos. Y además nos vamos a quedar sin trabajo. Él es el único que está entrando plata, porque a los chiquillos, que son auxiliares en un colegio que está parado desde fines de marzo, no les han dicho nada. Esto se ve muy difícil”.

#### ARMAR Y DESARMAR UN HOGAR

La familia de Mercy Alahmar (35) llegó a Chile hace cuatro años desde Filipinas. Su marido, proveniente de Siria, y sus dos hijos de 11 y 5 años arribaron a Santiago y se instalaron en un departamento de 50 m<sup>2</sup>, en Recoleta. El hombre encontró trabajo como chofer en una empresa y ella como asesora del hogar part time, mientras los niños van al colegio. O así era antes de la llegada del virus. Los primeros días de la cuarentena fueron intensos, ella encerrada con sus hijos compartiendo entre las pequeñas habitaciones y con miedo a contagiarse, mientras que su esposo salía a diario para buscar otras formas de generar ingresos. Ambos tuvieron que pausar sus labores, ella dejó de recibir sueldo y a su marido apenas le pagan una parte que no es suficiente para cubrir todos los gastos. Así empezaron a acumular deudas que no podían pagar. Entre otras, las del arriendo, hasta que finalmente tuvieron que dejar el departamento.

Afortunadamente, en este momento caótico, apareció la plataforma colaborativa Keep Going Chile, fundada por la diseñadora Camila Cesani, que tiene por objetivo apoyar a



Este mapa es una estimación de la superficie media construida (en m<sup>2</sup>) de las viviendas en el Gran Santiago y se realizó a partir de la información del Servicio de Impuestos Internos (2018) para cada manzana.

“Generalizando, a excepción de la zona con mayores ingresos, en Santiago las viviendas son caras para lo que son y en barrios que ofrecen poco en cuanto a calidad de espacios públicos, disponibilidad de servicios, comercio, seguridad, una serie de factores. Por lo tanto, se hace difícil de pagar en caso de emergencia. Aquellas viviendas con mala tramitación térmica justamente se localizan en los sectores de menores ingresos, son de material básico, y su diseño es bastante ajustado: en una habitación cabe la cama, el velador y quizás, un closet empotrado. El espacio de tránsito es acotado, con pocos pasillos, y si hay patio, es muy pequeño y apenas cabe una bicicleta y algo más”, explica Francisco Vergara.

Este indicador determina la vulnerabilidad de cada zona censal a partir de información relativa a presencia de adultos mayores, precariedad de la vivienda frente a la transmisión térmica, niveles de hacinamiento (personas por pieza) y nivel socioeducativo de los hogares. Es un índice desarrollado a partir de información del Censo 2017 del Instituto Nacional de Estadísticas.

“Pensando en los desafíos para el futuro, hay algo clave. El Presidente Piñera, en 2013, organizó el Consejo Nacional de Desarrollo Urbano con el mandato de elaborar una nueva Política Nacional de Desarrollo Urbano. Está lista, pero no se ha implementado del todo. Eso es prioritario, porque una de sus premisas es la reducción de la segregación urbana, a través de diferentes estrategias. Y es una agenda que genera una guía necesaria para avanzar hacia mejorar la calidad de la vivienda y la ciudad, en general”, afirma Francisco Vergara.

familias en riesgo social, o en situación de vulnerabilidad, que a raíz de la pandemia vieron sus ingresos interrumpidos. “Ellos nos apoyaron y con eso pudimos conseguir el nuevo departamento. Además no tuvimos que pagar garantía, así que eso es un alivio también”.

Hoy ya cumplen su tercer día en la nueva casa en Independencia, un lugar del mismo tamaño que el anterior y aunque el espacio sigue siendo reducido, están más tranquilos. Sus energías están puestas en resolver cómo lo harán para costear su vida los próximos meses. “Nos cambiamos en un solo día. Como no teníamos dinero para la mudanza mi esposo se trajo todo mientras yo cuidaba a los niños, que ya están aburridos de estar encerrados. Ahora veremos qué hacemos. Tengo la idea de ir a pedir ayuda a la municipalidad, pero me cuesta aun hacer ese tipo de trámites, porque como no hablo bien español es difícil explicarme”, agrega.

Aunque la comuna actualmente no está bajo cuarentena total, a pesar del llamado hecho por el mismo alcalde a reponerla, la familia sabe que se encuentra en una zona que es de alto riesgo. Es más, la semana pasada se confirmó el contagio de un médico del Hospital San José, recinto en el que se reporta escasez de

insumos, lo que se ve agravado por la creciente demanda de atención, al tratarse de un centro de alta complejidad. En la familia Almahar, la primera prioridad es sobrevivir. “Nosotros ya armamos una vida aquí, los niños se adaptaron a la cultura, entonces movernos no es una posibilidad. Tenemos nuestra residencia definitiva y con eso podemos estar tranquilos, así que estamos esperando con paciencia aunque preocupados por cuánto durará”.

**EL CHUPACABRAS**

Eliecer Zúñiga (51) recuerda cuando hace 20 años, junto a su esposa, Macarena Venegas (51), recibieron su casa propia. Fue un periodo oscuro porque en esa misma época asesinaron a uno de sus hijos en plena calle. Dice que recuerda la vivienda como “una cajonera de pájaros: cuatro tablas de cholguán y una puerta”, pero que tener un pedazo de terreno – de cualquier forma – era un orgullo. Pasaron de ser pobladores a vecinos de la Villa El Nacimiento, en La Pintana. Actualmente, en su casa de 80 m<sup>2</sup>, viven 10 personas. Tienen tres habitaciones que se reparten entre el matrimonio de su hijo mayor más una menor de 4; la otra hija con su pareja y dos niños de 7 y 4; y el hijo de



24 que se hospeda en la pieza más pequeña. Eliecer y su esposa duermen en un sillón del living.

La estrechez se hizo más visible ahora que están en cuarentena: en la entrada hay unos columpios que los adultos crearon con lazos y fierros para que los más chicos pasen el rato sin tener que salir. Pero cuando los usan, el resto no puede estar en esa ala de la vivienda. Los niños además se pasean entre los muebles con bicicletas para no aburrirse. "Son espacios muy pequeños y hay mucho estrés. Los niños no lo pasan bien", dice el abuelo.

Eliecer tiene otro hijo de 25 años en la cárcel de Puente Alto, donde el virus está presente contagiando a medio centenar de reos y llevando a las autoridades a tomar medidas como la reubicación de internos que son población de riesgo, reforzamiento del personal de la salud y la suspensión del ingreso de nuevos imputados. El joven intenta tranquilizar a su familia por el teléfono, les dice que está en un lugar seguro y que ellos no deben salir ni exponerse al aire. "Le dijo a su mamá que mejor no lo visitara más y que se quedara en la casa", cuenta.

En La Pintana, la alcaldesa Claudia Pizarro, reclama a las autoridades la cuarentena total de la comuna, argumentando que en el sector el contagio crece diariamente en un 64%. "Los humildes no estamos preparados para que puedan adquirir este virus, porque en la comuna el 14% vive en hacinamiento, los contagiados serán intradomiciliarios", aseguró en entrevista con CNN Chile.

Eliecer y su familia nombraron al covid-19 como el chupacabras. "Aparece en una comuna, después en otra y lo intentan pillar sin resultado. La cuarentena parcial no tiene sentido, porque al fin y al cabo el dueño de casa sale igual y puede volver con la enfermedad y contagiar al resto. Deberían tenernos a todos encerrados para ganarle a esto de una vez por todas".